

¿Qué significa ser MUJER en el CINE PERUANO?

En la pantalla, detrás de esta, en una cabina de edición, desde las páginas de una revista, etc. Los aportes que realizan las mujeres al cine de nuestro país han demostrado tener una calidad sobresaliente. Los siguientes testimonios son muestra de pasión por el séptimo arte, pero también historias de esfuerzo y triunfo en un medio no precisamente fácil.

Todo empieza en una galaxia muy lejana

Rossana Díaz Costa

No es fácil ser mujer y hacer cine, sobre todo en un país como el nuestro, donde este oficio ha sido tradicionalmente de hombres. Hay aún muchos prejuicios y se nos subestima bastante. A cualquier mujer que quiera hacer películas en el Perú, le va a costar el doble de esfuerzo que a un hombre. Cuando era muy chica y empecé a fascinarme con el cine, pensaba que solo había directores hombres:

solo conocía a Walt Disney, Steven Spielberg y George Lucas en aquellos lejanos años setenta e inicios de los ochenta. Porque fue ahí que empezó todo, con aquellas películas que de niña me hicieron soñar y vivir en galaxias lejanas. Luego, algunos años después, comencé a descubrir otros filmes, otros países y culturas, también a mujeres directoras y, poco a poco, me fui haciendo una cinéfila sin remedio. El amor por la cinta es lo que motivó mis ganas de estudiar cine y convertirme en cineasta. Fue también desde una Facultad de Literatura a inicios de los noventa que descubrí que el cine me apasionaba





Rossana Díaz Costa
Fuente: *Cincentro*

tanto como los libros y que quería aprender cómo se produce un rodaje. Estuve, no como alumna, en la Universidad de Lima, a inicios de los noventa, y llevé todos los cursos de cine que pude a modo de oyente para finalmente armar una mochila y tomar el rumbo fuera del Perú al obtener una beca de Literatura. Iba con el fin oculto de estudiar cine en Europa. Residí en España doce años de mi vida y ahí estudié cine en dos escuelas y fui feliz en ellas. Mientras, también era una inmigrante ilegal, daba clases a niños y escribía cuentos. Viajaba sin dinero con la misma mochila con la que me fui del país y llegué hasta África. Retomando la estadía en España, fue allí que escribí mi primera película: *Viaje a Tombuctú* (2013) y también empecé a escribir la que hoy será la segunda: la adaptación de *Un mundo para Julius*.

Cuando volví al Perú hace ocho años, tenía la primera versión del guion de *Viaje a Tombuctú*, lista para empezar el desarrollo de un proyecto de largometraje, y el de *Julius* lo guardé para el futuro (que resulta ser el presente).

Luego de un tiempo perdí la inocencia porque, en el proceso de desarrollar un largometraje en el Perú por ser mujer se pierden muchas cosas. Me han estafado, engañado, boicoteado, etc. Pero de todo se aprende en este viaje difícil que es hacer cine. Sin embargo, recuerdos felices rodean mi mente al pensar en el rodaje de mi película, un lugar en el que me hubiese gustado quedarme para siempre, vivir en la ficción.

Cuando la cinta se estrena luego de siete años, una se olvida de todo el cansancio, los malos ratos y las malas personas: solo te queda el cariño del público y el saber que para esto es que se ha hecho la película. Una emoción vuelve a latir y revivir ese primer día que se ve la sala llena de público. Viendo tu película, de aquel otro día en el que de niña te fascinaste por primera vez con el sueño en la sala oscura: es finalmente ahí que recuperas la inocencia perdida y estás lista para empezar con la siguiente película, pensando otra vez en aquellas galaxias lejanas en las que vivías en los años setenta, en las que eras inmensamente feliz.

Ser crítica de cine en el Perú

Mónica Delgado

No fue hasta que leí un texto publicado a mediados de los dosmiles en el diario *El Peruano* que tuve la certeza de que no era igual ser crítico que crítica de cine en el Perú. Recuerdo que se trató de un texto que hablaba del estado actual de la crítica en un entorno de multicines, sin ley de cine y sin una cultura editorial que profesionalizara el oficio. Fue casi al final del artículo donde me mencionaron: “hay una mujer que también hace crítica”. La mención sonaba a exclusión y, sobre todo, a un punto aparte donde yo no podía encajar en la plana de críticos hombres, ya que era el detalle diferente. Esta anécdota me permite visibilizar dos problemáticas en general: la escasa participación de las mujeres en la crítica de cine actual peruana, incluso en el mismo entorno del periodismo cinematográfico –por eso se le ve insular, una extrañeza–, y la mirada desconfiada sobre las capacidades de una mujer que hace crítica, lo que suena primario e inverosímil pero lamentablemente existe, es real.

Dirigir una revista como *Desist-film*, que se centra en la difusión y análisis de un cine distinto, muchas veces *underground*, marginal y experimental, me ha permitido establecer una comunidad con otras críticas mujeres de otros países que trabajan en las mismas condiciones, donde los directores, programadores, productores, críticos son los que lideran los espacios de interacción. Incluso he recibido comentarios laudatorios de estas mismas mujeres por el hecho en sí de que una mujer, de un país subdesarrollado, que no tiene cinemateca, que no cuenta con una apropiada ley de cine, de una protoindustria entregada a productoras de absolutos fines mercantiles y que no recibe un sol por su labor, edite una revista de ese perfil, como si fuera un acto de heroicidad. ¿Pasaría lo mismo si la editara un hombre? Es inevitable que el tema de disparidad de género salga a flote, pero debo confesar que jamás ha sido un obstáculo, una tara o una carga al momento de escribir o analizar un filme, o al momento de trabajar proyectos. Pero





Mónica Delgado

sí, al final de cuentas es un estímulo que se inspira también en los textos belicosos de María Wiesse para *Amauta* o en los artículos curiosos de Blanca Varela bajo el seudónimo de Cosme en *Oiga*. No me comparo con ellas ni mucho menos, pero urge plantear el rol importante de las mujeres en la construcción de un espacio para la crítica de cine en el Perú porque historia hay y bastante.

La mujer y el mercado laboral

Nathalie Hendrickx Pompilla

En la Cuarta Conferencia Mundial sobre la Mujer en Beijing se propuso como objetivo estratégico:

Aumentar el acceso de la mujer y su participación en la expresión de sus ideas y la adopción de decisiones en los medios de difusión y por conducto de ellos, así como en las nuevas tecnologías de comunicación. Fomentar una imagen equilibrada y no estereotipada de la mujer en los medios de difusión (Federación Iberoamericana de Ombudsman, 2004).

Desde muy joven me ha fascinado el mundo de la realización y producción cinematográfica. Fue una vocación temprana y absoluta en mí y siempre tuve el convencimiento de que trabajaría en el medio audiovisual. Ya con varios años en él y comprobando que es un medio predominantemente masculino –no solo en el Perú sino en el mundo–, he llegado a sensibilizarme de una forma particular con el tema de la discriminación de género en esta actividad que quiero tanto. Como consecuencia de esta lamentable comprobación, ver referentes de mujeres productoras, directoras y, en general, profesionales mujeres exitosas en el medio audiovisual, me causa siempre admiración y orgullo. Los pocos referentes que hay en el extranjero, así como los que hay en nuestro país, nos revelan una situación de desigualdad y, por lo tanto, de injusticia sobre la que hay que trabajar para cambiarla. Las mujeres deben tener, como en todas las actividades del mundo, el cincuenta por ciento de presencia, que es la proporción que compartimos con los hombres sobre la Tierra.



De acuerdo con un trabajo que venimos realizando para el Instituto de Investigación Científica de la Universidad de Lima (IDIC) sobre creatividad de género en el cine peruano, con el profesor Augusto Tamayo, hemos podido comprobar que en el Perú solo un promedio de once por ciento del mercado laboral audiovisual es ocupado por directoras y guionistas mujeres, situación similar a la que se da en el resto de América Latina y el mundo. Es curioso comprobar que siete por ciento de directoras y quince por ciento de guionistas se da tanto en países vecinos como Argentina, como en países lejanos de Europa y Asia, incluyendo en ese porcentaje a los Estados Unidos.

Es también un hecho compartido con el resto del mundo que la mayor presencia femenina en el campo audiovisual se da en el área de la producción, resultado de una mayor disposición a organizar, diseñar y ejecutar el ensamblaje de los elementos necesarios y la logística que sostiene el andamiaje de una película, disposición tal vez construida a lo largo del tiempo por las funciones asignadas histórica y culturalmente a la mujer en la mayoría de las sociedades –ya que se suele sostener ahora que la identidad de género es un “constructo” cultural y no un determinismo biológico–. Hay una habilidad, un temperamento y una capacidad particular para organizar los elementos que permiten llevar a cabo las actividades creativas y técnicas, delante y detrás de cámara, y que posibilitan la existencia de una película, para que pueda ser vista y disfrutada por el público.

El trabajo que ahora nos corresponde es lograr que ese siete por ciento de directoras y ese quince por ciento de guionistas aumenten. La situación es producto de muchos factores, pero en ella predomina el prejuicio, la preconcepción de que lo demandante de las tareas físicas, intelectuales y creativas de la ejecución de una película no puede ser llevado a cabo por mujeres. Es el mismo prejuicio que limita la participación de la mujer en otras áreas, en las cuales, cuando han tenido acceso, han demostrado iguales condiciones de ejecución que los hombres, como la alta cirugía, la ciencia y las actividades militares.

La creatividad no es un asunto de género, es un asunto de concentración y desarrollo de las facultades de la observación, de la imaginación, de la inventiva y del dominio de un medio expresivo particular, facultades absolutamente compartidas por ambos géneros de la especie.

Para alcanzar esa igualdad es necesario, por parte de las mujeres, un esfuerzo extra, una demostración mayor de capacidades, que a los, hombres no suele exigírseles. Es injusto, pero es la realidad y, por lo tanto, requiere de aquellas que, como yo, tienen esta vocación irrenunciable, de un compromiso intenso y de una búsqueda permanente de un espacio personal en el cual desplegar nuestras capacidades; de una entrega absoluta pero también de un reconocimiento, de una aceptación por parte de la sociedad en general de la necesaria igualdad de condiciones y de retribuciones por lo que se realiza.

Otro hecho comprobado en la investigación es que los salarios, aun en las industrias más avanzadas, no son iguales para ambos géneros. Es indispensable alcanzar un equilibrio, pero para hacerlo hay que –con un término muy usado actualmente– empoderarse dentro del contexto dado.

Tenemos múltiples ejemplos que seguir. En la industria norteamericana, Kathleen Kennedy ha sido por más de treinta años productora incesante de una de las más importantes sagas de la historia del cine, como es *La guerra de las galaxias*, y ha logrado que en los equipos que ella arma haya un cincuenta por ciento de presencia femenina.

En la dimensión que me toca, he intentado hacer algo similar. Yo estudié en la Universidad de Lima, en la Facultad de Comunicaciones; soy licenciada, llevé estudios de especialización en producción cinematográfica en Madrid, becada por la Unión Latina, y tengo una Maestría en Comunicación por la Universidad Católica. He podido producir largometrajes y cortometrajes, me he dedicado a la publicidad y también he producido documentales de diversa temática. Actualmente soy presidenta de la Asociación de Productores Cinematográficos del Perú (APCP) y realizo labor gremial, docente, investigadora y de gestión de pro-

Nathalie Hendrickx Pompilla
Fuente: USIL-TV

yectos. Como yo hay muchas otras mujeres en estas mismas áreas en el Perú, haciendo un enorme esfuerzo por salir adelante. Con el paso del tiempo seremos cada vez más y asumiremos inevitablemente todos los roles técnicos y creativos que el medio audiovisual tiene. No hay forma de que eso no suceda.

Desde el sonido directo

Rosa María Oliart

En los años noventa en que inicio mi carrera profesional en el sonido directo, primero como microfonista y posteriormente como jefa de área, la labor en el ámbito del sonido y en otras áreas técnicas de rodaje era realizada fundamentalmente por hombres. Éramos muy pocas mujeres en lo técnico pero sí había mucho personal femenino en las áreas de dirección, producción, creativas y artísticas. Esto no ha sido, en mi experiencia, un impedimento de realización profesional, por el contrario, nunca sentí que hubiera alguna marginación al respecto.

En la actualidad cada vez más mujeres ejercen cargos técnicos en sonido directo, como microfonistas o asistentes de sonido y también hay más profesionales mujeres en las áreas técnicas de cámara y luces.

Aún no tenemos en las nuevas generaciones de sonidistas de rodaje mujeres que sean jefas de área de largometrajes, cosa que sí ocurre en otros países de la región.

En el área de postproducción, en el diseño y mezcla de sonido para largometrajes, que es el área donde me vengo desempeñando en los últimos años, la situación no es diferente. Los postproductores en Perú son en su mayoría hombres, sin embargo, se vienen abriendo espacios en las nuevas generaciones y personal técnico-creativo femenino empieza a realizar trabajos de asistencia en la postproducción, lo que permite vislumbrar una presencia más femenina en el área.

En lo personal no he sentido nunca discriminación en la labor cinematográfica por el hecho de ser mujer. En el aspecto técnico ha habido mayori-



tariamente personal masculino pero nos hemos desarrollado armoniosamente y con un gran respeto por el trabajo y el planteamiento creativo de todos.

La actuación como vía de purificación

Muki Sabogal

De niña llegué a la actuación por ambición de vida, pues vi en ella la posibilidad de vivir muchas situaciones dentro de una sola. Me había tocado una familia en particular: vegetariana y estimulante. Además, una posición social, económica (cambiante), cultural, una generación y un género, pero yo no había elegido nada de eso. Quería poder elegir y, para elegir, debía probarlo todo. Buscaba comprender el mundo desde otros puntos de vista, cuestionando lo circunstancial de mi pensamiento.

Ese fue mi primer acercamiento a la actuación. La gama de posibilidades excedía los personajes naturalistas porque podía experimentar ser fuego, dragón, extraterrestre, bruja, hada, monstruo, viejo, todo y nada. Entraba en una especie de trance; en un juego vicioso de varias horas. ¡Fue tanta mi emoción! Juré nunca dejarlo y generé una dinámica con mi hermano menor en la que él creía que yo era una bruja que pertenecía a un “comité de defensa de la magia blanca” y debía ausentarme en cualquier momento para los inminentes enfrentamientos con las fuerzas malignas. Esas batallas se daban en un plano astral, así que debía abandonar mi cuerpo de improviso. Y si no me daba el tiempo de ponerme el hechizo de funcionamiento automático o siquiera de protección, mi cuerpo quedaba expuesto a que cualquier alma lo poseyese. Algunos personajes venían adrede para conversar y jugar con él. Otros eran succionados por este cuerpo vacío y estaban desconcertados por despertarse, y otros se repetían en el tiempo y se volvieron sus amigos. Había a veces visitantes indeseados, incluso para mí, pero nunca les permití quedarse mucho tiempo. Había algo de chamánico y peligroso en todo esto y lo quería explorar mucho más a fondo,

pero me contuve por miedo de no poder controlarlo sola.

Con el paso de los años, mi hermano comenzó a cuestionar el juego y se desahizó un poco la magia. Yo, sin embargo, ya había experimentado los efectos que generaba en otra persona mi conexión verdadera con un personaje y ahí estaba el quid del asunto. El darme cuenta de que se trataba de un súper poder, el poder de remover, afectar, transformar, sensibilizar, cuestionar, hacer vibrar. Como dice Fransérgio Araujo “[...] succionar el jugo de la vida y dárselo de beber al espectador”.

La actuación, entonces, es una herramienta para introducirte en el mundo sensible del espectador, tocar su fibra y remover toda sustancia estancada ya caduca. Es importante desarrollar el pensamiento crítico y alimentar la empatía, base para una convivencia sana en sociedad, que lamentablemente se ha atrofiado con el paradigma actual que hemos construido y consolidado, competitivo e individualista. Eso, como actriz y realizadora audiovisual, me interesa generar, ya que de la empatía se desprende la cooperación y el respeto capaces de generar un mundo en el que me gustaría ser y estar. Además la mística es algo que siempre relaciono a mi trabajo con el ritual compartido y una entrega trascendental.

Otro punto que me motiva de la actuación y del arte, es que permite que cualquier experiencia fuerte de vida se convierta en un elemento útil para su posterior instrumentalización artística. De esta manera, la posición de uno frente a lo que sucede deja de ser fatalista y hasta se encuentra cierto goce en la autoobservación y análisis del problema –incluso mientras está aconteciendo–. Vivo ejemplo es el asalto de hace tres años en París, que fue para mí un momento horrible y traumático. Saliendo del metro a altas horas de la noche, un hombre grande, de rasgos africanos, me habló y luego me arrebató la cartera donde, aparte de la cámara, el celular y el dinero, tenía mis dos pasaportes y perdería la posibilidad de mochilear un mes por Europa como había planeado. No, no podía permitirlo, corrí tras él llorando y gritando “*Mes passports !*”, “*Please!!*” y todo lo que se me ocurriera en francés, inglés, castellano y, por último, polaco, solo por sentirme acompañada de mi

Rosa María Oliart

lengua materna. Era tan desgarrador el grito, tanta ilusión a punto de desmoronarse, que probablemente toqué algo de su empatía inmigrante y volvió después de varios minutos. Me dejó la cartera en el piso, casi vacía pero los pasaportes sí estaban allí. Lloré de alivio, pero en ese momento me percaté que él había vuelto con un pasamontañas en la cabeza y me agarró fuerte por atrás. Intentó llevarme a una zona más oscura diciendo “*Silence*” repetidas veces. Su fuerza me excedía por completo pero el grito por la vida e integridad siempre será contundente: grité como condenada, me escurrí de entre sus brazos y él comenzó a darme puñetazos y patearme en el suelo. No paré de gritar. Era el única arma que tenía. Después de un tiempo se fue. Parecía una película, todo tan absurdo y tan real. Mientras eso acontecía, me decía para mis adentros: “Que me haya pasado esto servirá de algo para reflejarlo y denunciarlo en mi trabajo”. Y así fue. Cuando volví al Perú, luego de lograr, casi ilesa, mi objetivo del “tour europeo solitario”, se presentó la oportunidad de trabajar en un cortometraje de guion indefinido a realizarse en el concurso 48 Horas Film Project. Aproveché y vertí la rabia y frustración contenida y mi identificación con las mujeres cuyos casos pasaron a mayores y que no pudieron hacer nada al respecto. Con *Victoria* (2014) terminé ganando el reconocimiento a mejor actuación en el Festival al Este de Lima 2014.

Estas experiencias son marcas tan fuertes que se quedan impregnadas en tu ser y, a pesar de que pasen los años, siguen siendo material para enriquecer tu trabajo.

Estuve investigando un poco respecto al término “crecimiento post-traumático” y creo que tiene mucho de lo que pueden ofrecer el cine y el teatro a sus espectadores. Cuando alguien ve a personajes por los que sienten empatía y estos luchan por superar sus traumas liberando los paradigmas de su mente, anima a que uno desee hacer lo mismo. Se dice que la fuerza de un trauma es capaz de desmoronar incluso los fundamentos de nuestro pensamiento y creencias. Por ende, es un momento perfecto para reinventarnos, reestructurarnos, dejar prejuicios y delimitar nuevos objetivos para nuestras vidas. Mi deseo no es que todos pasen por esos traumas sino que,

al verlos auténticamente reflejados en una pieza de teatro o cine, les den la posibilidad de experimentar, indirectamente, una situación así y quedar motivados a reinventarse por efecto espejo.

Si la actuación –en este caso, el cine– es una herramienta para hacer que el espectador se cuestione puntos de vista caducos que ha heredado y se han enraizado en su mente, definitivamente el tabú del desnudo es un tema a tratar. Se ha institucionalizado la ropa prácticamente como parte de nuestro cuerpo y se sataniza y juzga mucho la exposición del cuerpo desnudo como si se tratara de un ataque sumamente ofensivo al pudor ajeno. Es curioso porque nacemos desnudos pero gozamos de esta naturalidad por muy poco tiempo. El pudor es algo que se nos inculca desde pequeños para acoplarnos a los cánones de la sociedad. Creciendo, lo convertimos en nuestro propio discurso, autocensurándonos incluso en el arte. Como realizadores me parece que no deberíamos asumir de manera tan obvia este tipo de juicios: “el desnudo debe estar muy bien justificado”. ¿Por qué justificarlo? ¿Acaso es algo que está mal? Si bien la presencia de un desnudo debe ser congruente, al igual que los demás elementos de la misma, no debería encontrar una justificación que se adecue a los paradigmas sociales preponderantes. Se prefiere ver en pantalla un alma al desnudo que un cuerpo al desnudo, a menos que se trate de una mujer “hermosa”. Ahí entramos en el ámbito de la cosificación de la mujer, la utilización de su imagen en un sentido meramente mercantil, para atraer público (colegas actrices, ¡ojo con eso!). Mayor aún es el tabú respecto al desnudo masculino en la pantalla o de cuerpos que no cumplen con los cánones de belleza establecidos. A pesar de nuestras diferencias raciales, estos cánones se están estandarizando a nivel mundial debido a la imposición de la publicidad y la colonización mediante el cine, generando la “cultura del aspiracionismo” en la que se desea lucir en apariencia lo más parecido posible a la imagen de éxito expuesta. El cine (o el cineasta en sí) debería ser auto-crítico y analizar qué mensajes subliminales otorga, presenta y qué estereotipos discriminatorios refuerza. Y respecto al desnudo: ¿Por qué tanta cucufatería? Si todos los esquemas y

convenciones sociales que rigen esta sociedad acrítica son creaciones sociales, juntos podemos derrumbarlas. La sociedad construye y destruye tendencias debido a su naturaleza dinámica y pragmática. Es hora de apelar a esta y trabajar juntos para librarnos de estas cadenas que nos restringen tanto en el arte como en la vida.

Para mejorar la creación debemos cuidar la tierra que le permite florecer. Esa tierra vendría a ser el ámbito laboral. Al respecto quisiera mencionar tres aspectos a mejorar. Por amigas sé que si siendo mujer te especializas en tareas técnicas detrás de cámara, como ser *gaffer*, luminero o directora de foto, es muy difícil conseguir trabajo. ¿Por qué? Pues porque antes preferirán contratar a un hombre por tratarse de un ambiente y rubro dominado por ellos y se teme alterar esta dinámica de labor grupal. No digo que se deba contratar mujeres por ser mujeres y seguir una simple cuota de género, sino que, si conocen a alguna en cuyo trabajo confían, la tomen en cuenta y, si pueden contratarla, háganlo. El siguiente punto son los contratos. Se está trabajando de manera muy informal en nuestro medio. Si pides contrato, de pronto están trabajando con otra persona en tu lugar “por tu falta de confianza”. Les asusta a los directores y productores esta palabra cuando solo es el nacimiento expreso y recíproco –y formal, obviamente– de derechos y obligaciones. ¡Esto no puede ser! Sé de actrices que hasta sus más íntimos amigos cineastas las han dejado en el aire luego de que ellas invirtieron esfuerzo, tiempo, dinero e ilusiones en un proyecto. Todo por no tener un contrato. Tenemos que firmar compromisos, así no sean notariales, por respeto mutuo. No se está pidiendo mucho. Como último punto, también relacionado al respeto y la empatía, está el tema de avisar cuando ya se ha tomado una decisión después de realizar un casting. No cuesta mucho esfuerzo avisarles a los actores que no han sido seleccionados para un personaje. Este pequeñísimo aviso nos permitiría organizar nuestros tiempos con tranquilidad y no estar pendiente de nuestros medios de comunicación, distrayéndonos de nuestros demás compromisos. Ayúdenos a no desperdiciar nuestra energía en falsas expectativas y, si ya nos han elegido, respeten su palabra y sean consecuentes con su decisión. □



Muki Sabogal
Fuente: Entrevistas.pe